

ñores, ponemos á la vista de la juventud esta serie de grandes hombres que desde el origen del cristianismo han honrado la humanidad y la religion con el brillo de su ingenio, y con el heroismo de sus virtudes, y le decimos: Temblad, ó jóvenes, blasfemar de lo que han adorado los grandes hombres; hágaos su autoridad mas circunspectos y mas reverentes: si ella no os subyuga, respetadla á lo ménos; y si no teneis valor para imitar las virtudes de tan ilustres personajes, tened la buena fe de examinar la religion que ha podido inspirárselas!

---

## LOS INCRÉDULOS

REPUTADOS POR SABIOS.

---

**E**L siglo de Luis XIV con todos los grandes hombres que ha producido, los cuales se glorian de profesar el cristianismo, y le defendian con sus escritos ó le honraban con sus virtudes; ese gran siglo, digo, no dejaba de ser por si solo una autoridad demasiado importuna para la incredulidad moderna; así es que esta ha intentado presentar como sospechosa ó poco ilustrada la fe de aquel tiempo, tan fecundo en grandes ingenios, sin reparar en acusarlos ó de haber aparentado una creencia que no tenian, ó de no haber creído sino por ignorancia y preocupacion. Ya en nuestro último discurso hemos vindicado suficientemente el mas hermoso de los siglos modernos de una acusacion tan odiosa como ridícula, y despues de un exámen

bastante extenso, habréis á mi parecer quedado convencidos de que la fe de todos aquellos sublimes talentos que brillaron en el siglo XVII, en los diferentes ramos de conocimientos humanos, y que serán para siempre la gloria de su patria y de la religion, fué tan sincera como meditada. Hemos pues podido fundadamente unir su autoridad, aunque de inferior orden, á la del gran número de personajes eminentes así en piedad como en doctrina, que ilustraron los seis primeros siglos de la Iglesia cristiana, y decir con razon que la autoridad reunida de unos y de otros era de un peso inmenso á favor de la religion, y capaz en sentir hasta del mismo d'Alembert, de imponer silencio á todos esos detractores vulgares de una religion que generalmente ignoran.

¿Pero no podrá tambien la incredulidad alegar la autoridad de los ingenios distinguidos que han sido celosos defensores suyos, y oponer ventajosamente á los grandes hombres del cristianismo los que ella se gloria de contar bajo de sus banderas? Esta es una cuestion que no carece de importancia; cuestion que creemos deber discutir con alguna extension, y que acaso acertaremos á tratar de tal manera que disipemos mas de una preocupacion funesta á la re-

ligion. Tres son las cosas de que se ha gloriado y aun se gloria la incredulidad: se gloria del gran número de sus partidarios; se gloria de sus muchos conocimientos, y sobre todo se gloria de su filosofía. Ahora bien, señores, es preciso que fijemos el número de esos incrédulos, que graduemos sus luces, y juzgemos su filosofía.

¿Pero cuál ha sido nuestro modo de proceder al responder á la acusacion de ignorancia y de credulidad que un odio siempre arrebatado ó una preocupacion siempre ciega se atreven á hacer contra la Iglesia cristiana? No se os oculta señores, que aunque un gran número de escritores muy ilustrados y estimables por sus virtudes han profesado el cristianismo, hemos consentido en no valernos de su autoridad á favor de la religion en nuestro último discurso, y que únicamente hemos invocado el testimonio de todos aquellos grande ingenios cuyo nombre está consagrado por la veneracion de la posteridad. Hemos intentado en efecto ménos hacer una enumeracion de autoridades que de pesarlas; si-ga tambien la incredulidad el mismo método, y si quiere alegar el número de sus partidarios, y oponer á los grandes hombres del cristianismo los que ella cree tener á favor suyo, separe todo lo que es mediano, todo lo que ha caido en

el olvido ó pertenece á una clase inferior, y no cite mas que hombres dignos de formar autoridad por una alta reputacion. Pero si la incredulidad no debe alegar á favor suyo otro testimonio que el de aquellos que puedan realmente tener autoridad, ¡qué multitud de incrédulos no podré yo recusar! Voy á hablar sin rebozo aunque sin acrimonia; voy, señores, á instruir una causa de la que vosotros mismo sereis jueces, y faltaria á mi ministerio mereciendo la reconvenccion de intentar sorprender vuestra buena fe, si no expusiese fielmente cuanto puede ilustraros: así pues diré sin rodeo.

No miremos como de grande autoridad á favor de la incredulidad á esas mugeres presumidas de sabias, alimentadas de la lectura de libros frívolos, y aun licenciosos, que atemorizadas acaso por sus propios sueños se burlan de las amenazas de la vida futura, adoptando como mas cómodas para ellas las máximas de la incredulidad.

Tampoco á esa turba de jóvenes de poca instruccion y doctrina, que ignorando las reglas del racionio y de la crítica, son iucapaces de tener opinion alguna razonada, ó bien que sin carecer de entendimiento ni de talento son sin embargo incrédulos, sin mas razon que la de

serlo otros, hacen de impíos por moda, y no conocen el cristianismo mas que por los falsos bosquejos trazados por sus enemigos sin buscar en sus apologistas su verdadero retrato.

Tampoco á esos hombres débiles y sin carácter, dispuestos á dejarse llevar de cuanto los rodea, que parecen tener todos los vicios porque ninguno tienen dominante, y son impíos con los impíos y religiosos tambien alguna vez con los que lo son.

Tampoco contemos á esos incrédulos entregados á un grosero desenfreno, cuyos argumentos son hijos de la corrupcion de su corazon; porque ¿no es evidente que su conducta prueba contra su doctrina? sus costumbres explican claramente su incredulidad; y al verlos entregados á pasiones vergonzosas, puedo sospechar juiciosamente que ellas son la única causa de su irreligion.

Tampoco puedo contar á esos espíritus vacilantes que parecen fluctuar entre la religion y la incredulidad, que no son ni á favor ni contra el cristianismo, ó bien que despues de haber insultado la religion vienen á parar en tributarle homenages en sus escritos ó con su conducta: la incertidumbre de los unos demuestra incrédulos que no estan convencidos de sus sistemas,

y la mudanza de los otros arguye contra su incredulidad anterior.

Tampoco cuento á esa multitud de escritores efímeros, que aparecen por un instante en la escena del mundo literario, y desaparecen para siempre: yo supongo en ellos mas talento que juicio; pero no forman autoridad.

Ultimamente tampoco cuento á favor de la incredulidad aquellos hombres que aunque distinguidos por su saber y talento, no han estudiado suficientemente la religion. Así pues, ¿qué importa que hayan sido poetas, grámaticos, físicos, geómetras, y que aun hayan gozado de una grande reputacion de talento y de conocimientos, si no estaban versados en el estudio de la religion? El que no la conoce no tiene ni aun aparentemente derecho para condenarla.

Así, señores, si quereis citarme incrédulos que tengan autoridad, citadme primero incrédulos dotados de un talento superior; segundo, incrédulos bien convencidos de sus sistemas; tercero, incrédulos que hayan hecho un estudio serio de la religion; cuarto, incrédulos que hayan observado una conducta honrosa; con uno solo de estos caracteres que les falte, desde luego los recuso; porque en efecto si no son hombres de ingenio, ninguna autoridad tienen, pues

en el paralelo de los creyentes con los no creyentes estamos convenidos en no citar sujetos de una clase inferior á los de la primera. Si vuestros incrédulos no estan íntimamente convencidos de su incredulidad, no es suficiente su opinion para inspirar confianza á sus discípulos; si no tienen mas que un conocimiento superficial de la religion, son jueces poco ilustrados que deciden sobre una cosa que les es desconocida; y por último si observan una conducta enteramente condenada por el Evangelio, nada me sorprende que le reprueben. Sí, señores, aun cuando un escritor incrédulo tuviera toda la nobleza y dignidad de Buffon, la originalidad y agudeza de Montesquieu, el nervio y fuego de Juan Santiago, y toda la fecundidad y el ingenio de Voltaire, si fundadamente pudiera creerle entregado á todos los extravíos del orgullo y de la sensualidad, ninguna autoridad tendria para mi su incredulidad: yo no le disputaria ni el saber ni el talento; pero su conducta me advertiria que debo precaverme de sus sistemas, pues tiene un interes manifesto en encontrar falsa una religion que le es tan contraria. Advertid, señores, la diferencia que en esta parte hay entre el cristiano y el incrédulo. El cristiano que mancilla su religion con malas costum-

bres, es un hombre inconsequente y un corazón débil que no tiene valor para practicar lo que cree; pero sus mismos desórdenes hacen su fama y más digna de atención; pues es preciso que esté bien convencido de su verdad para no desechar una religión que le condena: yo admiro su buena fe que ha salvado su entendimiento de la seducción de su corazón; pero en cuanto al incrédulo dominado siempre por sus pasiones, su misma conducta será la explicación de su incredulidad.

En una palabra, ved aquí las cuatro circunstancias que yo exijo en un incrédulo para que su nombre merezca autoridad: ingenio, convencimiento de su incredulidad, conocimiento de la religión, y conducta apreciable. Ahora bien: ¿conoceis á algunos que reúnan todos estos caracteres? Y si alguno hubiese, ¿qué sería en comparación de esa multitud de grandes ingenios que han profesado el cristianismo en Europa de diez y ocho siglos á esta parte? Ya conoceréis, señores, cuán pequeño es á la verdad el número de los incrédulos cuando se trata de valuarle reduciéndole á los que pueden formar autoridad. Nos sorprendemos de hallar incrédulos por todas partes, y es ciertamente un espectáculo deplorable; pero en realidad ¿cómo

es posible que deje de haberlos? La religión tiene contra sí por sus misterios todas las preocupaciones del entendimiento, y por su moral todas las pasiones del corazón. Es cosa muy fácil ser incrédulo: para ello no se necesita ni de ingenio, ni de ciencia, ni de firmeza de carácter; basta seguir las malas inclinaciones que tanto amamos y que el cristianismo reprime; pero para ser cristiano es preciso combatir las; y al meditar con que santa severidad condena el Evangelio todos los vicios y todas las pasiones desordenadas, el orgullo, el deleite y la avaria, no me admiro, señores, de que haya incrédulos; me admiro más bien de que haya cristianos, porque en efecto la religión todo lo tiene contra sí excepto la verdad; y esta es una prueba irresistible de que su origen es todo divino.

Basta, me parece, lo que queda manifestado para reducir á su justo valor el número de sujetos de que la incredulidad puede prevalerse; tratemos ahora de graduar las luces de estos últimos tiempos que han sido como el reinado de la incredulidad. Mucho se han ensalzado los descubrimientos del siglo XVIII, los progresos de las ciencias y el vuelo que en él tomó el espíritu humano, como si antes de esta época hu-

biese estado la Europa en una profunda ignorancia, y por fin hubiese salido el sol de verdad para disipar sus tinieblas. Yo, señores, no quitaré al último siglo la parte de gloria que le pertenece: esto seria un empeño tan injusto como inútil; pero evitemos todo exceso en esta materia, y no nos dejemos alucinar ni por la manía de ensalzar demasiado lo pasado, ni por la de deprimir demasiado lo presente, seamos justos, y nada digamos que no deba ser afirmado por todo hombre imparcial.

Ahora más que nunca voy á tomarme la licencia de entrar en pormenores enteramente profanos y literarios, inusitados hasta aquí en la cátedra cristiana: pero el interes de la causa que me he propuesto defender autoriza y aun necesita de esta innovacion. ¿Cómo en efecto hacer volver á la religion á una juventud alucinada, si está imbuida del error de que el siglo de la incredulidad ha sido precisamente el siglo de las luces y de la razon, y que anteriormente se creia solo por ignorancia y por simplicidad? ¿Y cómo destruir este error, por mas absurdo que sea, sin hacer comparaciones y sin entrar en discusiones puramente filosóficas? ¿Pero por qué nos hemos de ver obligados á usar en la cátedra del Evangelio de un lengua-

ne que hasta ahora le ha sido desconocido? Lamentemos esta necesidad; pero sometámonos á ella por el bien mismo de la religion. Séame, pues, permitido no servirme de perifrases ni de circunloquios que aunque diesen mas dignidad al discurso, le harian tambien mas enredoso y oscuro. Considerad, señores, que este auditorio es un auditorio particular, y que la clase de nuestras instrucciones permite un estilo mas sencillo y mas familiar.

Así pues, y dando á las cosas sus verdaderos nombres, diré que no intentamos poner en duda que en estos tiempos mas inmediatos á nosotros se hayan extendido los límites del dominio de la fisica experimental, de la astronomía, de la química, de la botánica y de la historia natural; que las diversas partes de las matemáticas se hayan enriquecido con nuevos métodos, con cálculos mas simplificados, y con aplicaciones muy oportunas; que cierta mayor perfeccion en los pormenores de las ciencias, y observaciones mejor dirigidas hayan proporcionado á la agricultura, á las artes, á la mecánica y á la navegacion métodos tan ingeniosos como útiles: el descubrimiento de cuatro nuevos planetas, los prodigios de la electricidad, la mineralogía reducida á ciencia, viages célebres al re-

dedor del mundo, el instituto de los sordo-mudos, el de los ciegos, y aun si se quiere los globos aereostáticos, son cosas mas ó ménos gloriosas para el siglo XVIII. Ya veis que no le niego lo que le es ventajoso; pero no por hacerle justicia seamos injustos con los siglos anteriores: convengamos de buena fe en que ántes del último siglo estaba ya abierta la carrera de las ciencias y de las artes; que estaban ya hechos los mas grandes descubrimientos, y que ya el ingenio habia recorrido con gloria las regiones mas elevadas del mundo físico igualmente que las del mundo intelectual: así pues, la imprenta, la brújula, la pólvora, las leyes del movimiento de los astros, la gravedad del aire, la aplicacion de la álgebra á la geometría, los logaritmos, el cálculo diferencial é integral, la gravitacion universal, el análisis de la luz, el cálculo de los cometas, el barómetro, el termómetro, el microscopio, la máquina pneumática, todos esos descubrimientos tan famosos que tanto han contribuido á los progresos del entendimiento humano en las ciencias, matemáticas y físicas, se deben á tiempos anteriores al siglo XVIII. Estos son hechos que los hombres no pueden destruir. Sí, señores, obreros hábiles, constantes y laboriosos habrán podido en el últi-

mo siglo disponer todas las partes del edificio con mas arte y simetría, restaurar y perfeccionar algunas de sus columnas, y facilitar su entrada al vulgo; pero ántes de ellos habian ya aparecido arquitectos que trazaron su plan con mano atrevida y sabia. En apoyo de esto citaré como testimonio irrecusable á M. de Montucla, quien en su *Historia de las matemáticas* (1) despues de haber elogiado á los geómetras de su tiempo, añade: „Sin embargo, si se considera con atencion el vuelo prodigioso que en el „siglo XVII tomaron las ciencias, y sobre todo „las matemáticas, habrá que convenir en que „cualquiera que sea la perfeccion que reciban „en los siglos siguientes, debe recaer una gran „parte de la gloria sobre el que tan felizmente ha abierto la carrera.”

Yo convendré sin dificultad en que las ciencias naturales y las matemáticas han sido cultivadas mas generalmente en el último siglo; pero al mismo tiempo os haré observar que en esta materia debe atenderse ménos al número de los que se han dedicado á ellas, que al talento de los grandes maestros. Newton, por ejemplo, da mas honor á estas ciencias que cincuenta sa-

[1] Part. IV. lib. I núm. 7.

bios de una clase inferior, así como Bossuet honra mas la elocuencia que cien oradores medianos. Observemos ademas que aunque las matemáticas sean una ciencia hermosísima, no enseñan sin embargo al hombre el conocimiento de sí mismo, sus deberes, ni el modo de conducirse en los negocios domésticos y civiles; que el objeto mas digno del hombre es el hombre mismo, y que se puede creer con mucho fundamento que la ciencia es solo para algunos, el trabajo corporal para el mayor número, y la virtud para todos; y últimamente, que el siglo XVIII, que parecia querer hacer populares las matemáticas, debería mas bien avergonzarse que gloriarse de su entusiasmo por el cálculo. Es por consiguiente un error groserísimo pensar que apenas estaba conocida la carrera de las ciencias ántes del último siglo.

Pero aun se replicará que estè fué el siglo del análisis, de la filosofía y de la razon; que fué el siglo mas enemigo de las preocupaciones, y que por consiguiente su autoridad es superior á la de todas las edades precedentes. Veamos, señores, qué debe pensarse de la filosofía del último siglo, y de ese título de *siglo filosófico*.

Si la filosofía consiste en ese espíritu de ateísmo que habla continuamente de la naturaleza,

para mejor hacer olvidar á su autor; que justifica todos los vicios y degrada todas las virtudes, haciendo del hombre una especie de máquina, una planta, ó cuando mas un animal sometido á las leyes de la necesidad; y que desterrando á Dios de los corazones como del universo, destruye aquellos sentimientos religiosos, por cuyo medio mejor que por todos los demas, se civilizan los pueblos bárbaros y se conservan los civilizados; si la filosofía consiste en ese espíritu de presuncion y de temeridad que en nada estima la experiencia de los siglos, que desprecia la autoridad de los grandes hombres, y se burla de las instituciones consagradas por el tiempo; que en todo quiere la novedad, y no ve en todo lo que existe mas que un efecto de ignorancia y de simplicidad; si la filosofía consiste en ese espíritu de libertinage que trunca y desnaturaliza los libros santos para ridiculizarlos, que los traduce ó comenta con toda la licencia de una imaginacion depravada; que amontona con complacencia en los anales de la iglesia los vicios y los escándalos para denigrar con ellos una religion que los llora y los condena; que guarda un silencio culpable acerca de las sublimes virtudes de que sola esta religion ha dado ejemplo á la tierra, y echa un velo sobre los



bienes inmensos que le debe la humanidad; en una palabra, si la filosofía no es otra cosa que el ateísmo, el materialismo, el fatalismo, el deísmo, y el escepticismo; ¡oh! yo convengo en que el siglo XVIII fué un siglo eminentemente filosófico. Jamas en efecto hubo en el seno de una nación cristiana tan gran número de escritores que á un mismo tiempo enseñasen públicamente que no hay Dios, que la Providencia es solo una palabra, que la vida futura no es más que una quimera, el hombre un ser sin libre albedrío, el vicio y la virtud una invención humana, y el cristianismo un conjunto de supersticiones. Todas estas doctrinas que han sido enseñadas tan pública y frecuentemente en el último siglo, se hallan consignadas en tantas obras que han dado alguna reputación á sus autores, y esto un hecho tan notorio, de tal modo reconocido por los enemigos de la religion y tan incontestable, que toda cita seria mas que superflua para probarle.

No es ciertamente en estas doctrinas efecto y causa alternativamente de la perversidad humana en lo que nosotros harémos consistir la filosofía. No, no nos dejemos engañar por palabras vacias de sentido, ni reverenciemos doctrinas insensatas porque se hallen revestidas de

un bello nombre; no separemos la filosofía de la sabiduría, de la sana razon, de la verdad, de la moral y de todo lo que se dirige á hacer á los hombres buenos y felices. Una falsa filosofía ha adormecido á la Europa durante sesenta años al vano ruido de sus sistemas y de sus declamaciones contra lo que llamaba errores; y ¿no será ya tiempo de despertar nosotros y de juzgar á la que sin mision ni autoridad ha juzgado al universo? O no nos entendemos cuando hablamos de filosofía, ó esta consiste para un pueblo en pensar y racionar bien acerca de los diferentes ramos de los conocimientos humanos. En efecto, cuantas mas ideas sanas, morales, sociales y capaces de hacer florecer la paz, la justicia y las leyes haya en una nacion, será tanto mas sabia y racional, y por consiguiente tanto mas filósofa. No es pues un gusto exclusivo á las ciencias exactas y naturales, ni el amor dominante á las letras y á las artes, lo que constituye la filosofía; no, señores, no se llega á ser filósofo por haber leído á Bossuet, por haber estudiado á Locke, ni por haber meditado á Montesquieu; tampoco consiste el espíritu filosófico en la disecacion de una planta, en un teorema, ni en un silogismo: podrá muy bien un hombre amontonar en su cabeza

términos técnicos de todas las ciencias, todas las nomenclaturas, todos los métodos y todas las fórmulas científicas; podrá disertar toda su vida sobre las sensaciones y las ideas, sobre lo físico y lo moral del hombre, sobre la política y los gobiernos, y con todo esto no ser mas que un débil lógico, un pésimo razonador, un entendimiento extravagante, y por consecuencia un sofista y no un filósofo: testigos de esto esos escritores que han compuesto obras enteras para enseñar el ateísmo, último término del error humano, ó que han divulgado acerca de las leyes, de la autoridad, de la moral, de la educación y de las letras, tantas paradojas filosóficas abandonadas hoy al desprecio, y á las que por fin ha hecho justicia la experiencia. El que en cualquier género de conocimientos ame la verdad, el que la busque con ardor y tome los caminos que pueden conducirle á ella, el que manifieste así en sus acciones como en sus discursos pesamientos sanos y rectos, ese es, señores, el verdadero sabio y el verdadero filósofo: un entendimiento recto, un buen juicio, una razon sana, y espíritu filosófico son cosas que no deben distinguirse. Así como el siglo mas virtuoso no es aquel en que mas se habla de virtud, sino aquel en que esta mas se

practica; así tambien el siglo mas filosófico no es aquel en que mas se habla de filosofía, sino aquel en que en la realidad se piensa y se ratiocina mejor acerca de los diversos objetos de nuestros conocimientos; y esto es tan manifesto que, sin mas que decirlo, conoce todo el mundo su verdad. Esta pues debe ser la regla para juzgar con exactitud si el siglo XVIII ha sido mas filosófico que el precedente: con este objeto recorramos por un momento los diversos ramos de nuestros conocimientos.

Subir hasta las causas y los principios de las cosas, separar las luces verdaderas de las que solo tienen la apariencia de tales, pesar las opiniones vulgares en la balanza de la razon, y trazar á los entendimientos la marcha que deben seguir en la investigacion de la verdad, esto es lo que se llama filosofía en las cosas intelectuales. ¿Y quién dejará de reconocer todos estos caracteres en Bacon, en Descartes, en Leibnitz, en Mallebranche y Locke que no pertenecieron al siglo XVIII?

Observar la naturaleza, estudiar los hechos y los fenómenos, preferir la experiencia á vanas teorías, y buscar así, no lo que puede ser, sino lo que realmente es; no hipótesis, sino el verda-

dero sistema de las leyes de la naturaleza; he aquí lo que se llama filosofía en las ciencias físicas. ¿Y cómo dejar de reconocer como grandes filósofos en esta parte á Copérnico, á Kepler, á Galileo, á Pascal, á Boyle y Newton que no pertenecieron al siglo XVIII?

Observar en el estudio de la historia y de las antigüedades aquella crítica severa é ilustrada sin ser demasiado atrevida, que designa lo verdadero, califica lo verosímil, y desecha lo falso; sacar de los anales de los pueblos y del profundo conocimiento de los hombres grandes y memorables lecciones; esto es lo que se llama filosofía en la historia y en la política. ¿Y será posible no nombrar aquí á un Mabillon, á un Petavio, á un Tillemont, á un Fleury y á un Bossuet que tampoco pertenecieron á dicho siglo?

Por último, desentrañar los secretos del corazón humano, explicar las reglas de las costumbres, exponer con una profunda sagacidad el conjunto, el espíritu y la concordancia de las leyes; esto es lo que se llama filosofía en la moral y en la jurisprudencia. ¿Y quién no reconoce aquí á un Massillon, á un Bourdaloue, á un Labruyere, y á un Domat que pertenecen al siglo de Luis XIV?

¿Y qué falta, pregunto yo ahora, para raciocinar bien, y por consiguiente para ser filósofico á un siglo que posee tales ingenios, y otros muchos que no nombro, y en que han brillado tales pensamientos y tales métodos? No diré que en aquel tiempo no fuese tan fácil engañarse como lo es en el día, porque la debilidad del espíritu humano es de todos tiempos y de todos lugares, y no hay filosofía que liberte de todo error; pero es evidente que ántes del último siglo habia ya llegado la ciencia del raciocinio á un punto muy alto en todas las cosas á que puede dedicarse el hombre en la tierra.

Pero ¿qué es lo que se ha imaginado para deprimir el siglo de Luis XIV y realzar el siguiente? Se han comparado las cualidades que se han creído dominantes en cada uno de los dos, pero de tal manera que resultase siempre la ventaja á favor del último: se ha dicho que el siglo XVII habia sido el siglo de las brillantes ficciones, el siglo de la imaginacion y de las bellas letras; pero que el XVIII ha sido el de la razon; y como todos los errores tienen cierta relacion unos con otros, no se ha dejado de hacer la observacion de que la incredulidad habia triunfado precisamente en el siglo de la razon. Tal es en sustancia un pensamiento que ha si-